

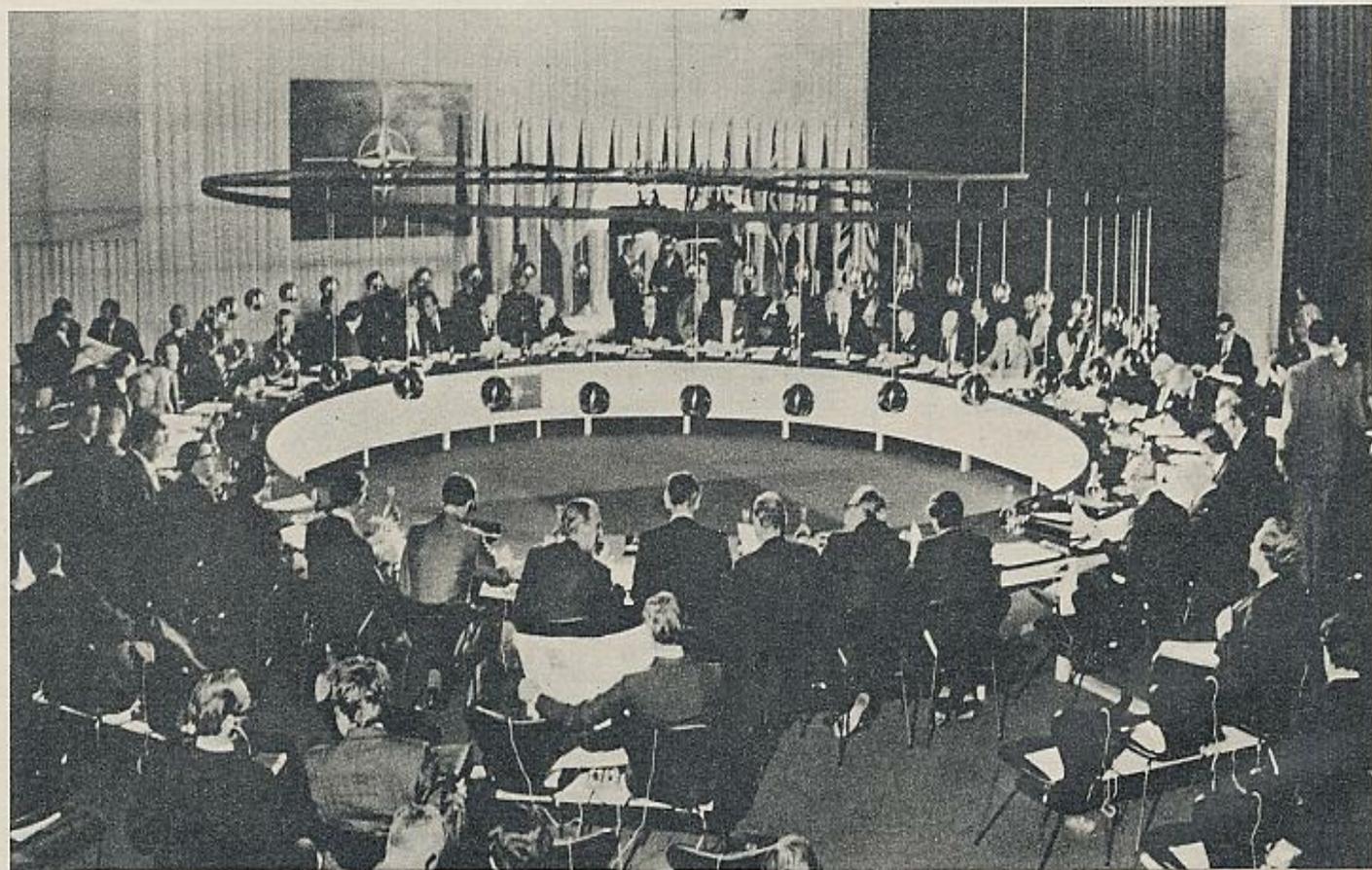
LAS DIFICULTADES DE LA OTAN

TODOS los años, los Ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN se reúnen dos veces. Como su objetivo es el refuerzo de la Alianza, su comunicado final no deja de hacer constar que se han hecho grandes progresos en ese sentido, cuando la realidad es muy otra: la OTAN pierde paulatinamente vigor, fuerza, carácter y sentido. La reunión que acaba de terminar en Copenhague se ha excedido quizá en declaraciones triunfales. Rogers, el supuesto secretario de Estado de Estados Unidos —la política exterior la está llevando Kissinger, el Departamento de Comercio el propio Presidente— ha exclamado que ésta ha sido «la mejor reunión de todas a las que he asistido», y el secretario general de la Organización, Luns, ha proclamado que «han desaparecido todos los malos entendidos». Sin embargo, no ha dejado de advertirse la progresiva deterioración de la OTAN.

LA OTAN fue una cesión de nacionalidad militar y política en beneficio de una supranacionalidad de defensa común frente a una Unión Soviética que se consideraba como una amenaza. Esta cesión significaba por una parte, un reconocimiento del mando general de los Estados Unidos, por su mayor capacidad de fuerza —por su bomba nuclear— y de su instalación en los territorios nacionales; por otra, un esfuerzo presupuestario para mantener ejércitos importantes y adquirir y fabricar armamentos adecuados. En los veinticinco años transcurridos, la inminencia de la amenaza ha ido disminuyendo gradualmente; velozmente en los últimos. De la situación de posguerra y preguerra en que se encontraba el conjunto de países reunidos, se ha pasado a unas sociedades de desarrollo, bienestar y consumo, que no hacen apta la contracción política

y la desaparición o limitación de sus ciudadanos, que no podrían desempeñar los papeles que se requieren de ellos, ni el esfuerzo militar exagerado. Por otra parte, el papel de los Estados Unidos ha variado considerablemente. Su esfuerzo militar se ha descentralizado hacia otros pactos y otros escenarios, su sociedad ha entrado en crisis, su dinero ha dejado de ser un alimento exclusivo. Y su entendimiento particular, con la parte designada por la OTAN, ha llegado al extremo que se está haciendo palpable con la presencia de Brejnev en Washington, más otros numerosos organismos de relación directa y diaria.

PARA varios de los participantes, esta situación de apaciguamiento es engañosa. Pueden sostener aún que precisamente el aspecto de coexistencia y la tendencia al diálogo de la URSS es precisamente una forma de buscar la desintegración de la OTAN, y que precisamente si hay negociación, ésta debe ser sostenida «desde una posición de fuerza». Esta es la línea ya clásica de los Estados Unidos, y estas palabras precisas las ha pronunciado ahora Rogers, coreado fácilmente por Gran Bretaña, que depende tan estrechamente de esa línea. Inquieta a otros que los Estados Unidos no correspondan su política exterior directa con la URSS con ésta de que hacen gala en la Alianza, y temen que sea solamente para conservar su posición hegemónica en el Tratado y su buena cabeza de puente europea. Temen otros que en las negociaciones bilaterales, o en la seguridad europea que se reanuda el 3 de julio, o en las de reducción mutua de fuerzas que empezarán en Viena el 30 de octubre, haya acuerdos de retiradas de tropas americanas y de lo que se llama «finlandización» de algunos países fronterizos europeos. Es decir,



Vista general de la mesa de conferencias utilizada en las reuniones de la NATO en Copenhague.

ROCKEFELLER, EN MOSCU

Los dirigentes americanos y soviéticos, dispuestos a hablar de negocios

su necesaria neutralización, que cogería desprevenida a las fuerzas políticas que representan los Ministros, y las harían entrar en crisis. El hecho de que estos temas no se hayan tratado en profundidad, y apenas en superficie, es el que ha evitado disensiones mayores y lo que produce la satisfacción de algunos de sus participantes. Basta con que se cite, por inspiración americana, que la situación se estudia «a la luz de los profundos cambios que se realizan en todos los terrenos de la actividad internacional» para que tengan la sensación de que no hay inmovilismo, pero sin necesidad de moverse, la cual obtienen de la mención a que todos continúan basando sus principios en los originales del Tratado.

NADA, por otra parte, menos cierto. Los principios establecidos en 1948, en la conferencia de Bruselas, que daría origen al Tratado, y mantenidos después, son la determinación «de salvaguardar la libertad, herencia común y civilización de sus pueblos, fundados en los principios de democracia, libertad individual y dominio de la ley». Parece que falla en sus propios pueblos, y la OTAN se encuentra en la imposibilidad —en la inconveniencia— de hacer nada en favor de estos pueblos. Se esperaba, o se trataba de conseguir, una acción de la OTAN con respecto a Grecia. Había una carta del marino griego Papas pidiendo que la OTAN investigase la situación de los oficiales y jefes de la Marina griega que, según él, están siendo torturados por la supuesta participación en el complot reciente. La petición a la OTAN se refería a que estos marinos eran precisamente soldados de la OTAN y actuaban en el Mediterráneo sobre barcos y con programas que interesan a todos los países del pacto, y que lo han hecho con lealtad. La respuesta oficial ha sido que éste era asunto privativo del gobierno griego, considerado como miembro igual a los otros del Tratado. Precisamente se trataba de que dejase de ser miembro de igual derecho. Algunos países —Canadá, Noruega, Dinamarca, los Países Bajos— han citado esta cuestión, pero de un modo genérico. «Algunos países» han dicho, pero sin citar cuáles, faltan a los principios esenciales de la organización. Querían así englobar otros que han aparecido más o menos acusados: Portugal, por su política en colonias —pero Portugal alega que precisamente esa política tiende a defender los intereses de la OTAN al mismo tiempo que los suyos propios, porque está evitando la implantación del comunismo—, Turquía, de la que llegan también denuncias de tortura y de perversión de la democracia —pero Turquía alega que, siendo zona fronteriza con la URSS, tiene que cuidar especialmente de reprimir las actividades comunistas y la política que tendería a ser neutralista y a desprenderse de la OTAN si le dejara mayor libertad; precisamente lo que alegó Grecia para su golpe de Estado.

POR otra parte, los principios fundacionales prohíben rigurosamente la guerra o la situación de violencia entre países miembros. Precisamente se constituye en instancia superior para resolver esos conflictos por vía amistosa. En otros momentos ha existido una situación de violencia entre Grecia y Turquía, por Chipre; en éstos existe muy especialmente entre Gran Bretaña e Islandia, en la llamada «guerra del bacalao». Se esperaba que la OTAN exigiese la retirada de tres fragatas que tiene dentro de las 50 millas reclamadas por Islandia. No ha sido así. El tema no se ha mencionado oficialmente, aunque ha habido conversaciones privadas: sobre todo, para convencer a Islandia de que no amenazase con suprimir la base de Keflavik —de utilización conjunta de Islandia y Estados Unidos— como respuesta a la falta de apoyo.

ESTABA, en fin, la propuesta de los Estados Unidos de establecer una nueva Carta del Atlántico. Son curiosas la deflación y la pérdida de peso continuas de esta propuesta. Emitida por Kissinger en abril como «Carta», se convirtió después en «declaración de propósitos», luego en «una base de trabajo conceptual», y aparece ahora, después de la reunión, como «una declaración de principios»; y la reunión conjunta de jefes de Estado que iba a presidir (teóricamente, a la que iba a asistir con carácter igualitario) Nixon se ha convertido en la posibilidad de una serie de entrevistas bilaterales.

ES precisamente la anulación de estos temas, que van desde el papel de la OTAN en las nuevas relaciones Este-Oeste hasta la reconsideración de sus principios fundamentales, pasando por el olvido de los fines políticos y las formas comunes a todos los miembros, y por la situación de violencia entre dos de ellos, lo que permite emitir un comunicado satisfactorio, y algunas frases de alivio y de contento. La OTAN sobrevive gracias a no hacer nada de lo que tenía encomendado. Es una situación política muy frecuente en el mundo de las relaciones internacionales, que van creando organismos o mecanismos nuevos para enfrentarse a las situaciones nuevas, pero sin fuerza para modificar los antiguos o para simplemente anularlos por inútiles. Con lo cual todos sobreviven con una importancia similar, y no se acaba de salir de la confusión, sino todo lo contrario.

A unos días de distancia de la cumbre Nixon-Brejnev, que debe comenzar en Washington el 18 de junio, el Chase Manhattan Bank, tercer Banco en importancia de los Estados Unidos, ha abierto una importante sucursal en la capital soviética. Su dirección: plaza de Carlos Marx, número 1.

Es el primer Banco americano en instalarse en la Unión Soviética desde la revolución de octubre. Para festejar tan magno acontecimiento, David Rockefeller ofreció una fastuosa recepción, en la que el whisky y el champán occidentales corrieron junto al vodka ruso. Dirigiéndose al primer ministro soviético, Alexis Kossyguin, el amo del Chase Manhattan hizo la siguiente observación: «Es un hecho que el mundo está cambiando velozmente».

Otros Bancos americanos, los números 1 y 2 de Wall Street: a saber, el Bank of America y el First National City Bank, seguirán el ejemplo del Chase Manhattan estableciéndose en Moscú, donde hace ya algún tiempo que funcionan varias instituciones bancarias europeas, entre ellas el Crédit Lyonnais y el Banco de París y de los Países Bajos.

ABUNDANTES RECURSOS

Evidentemente, en los negocios del Chase Manhattan, el público soviético no podrá comprar oro ni adquirir valores bursátiles, transacciones estas prohibidas para los particulares desde la revolución. El Banco neoyorquino se establece en Moscú única y exclusivamente para las operaciones de financiación del comercio americano-soviético. Facilitará los intercambios entre el big business americano y las centrales de importación-exportación soviéticas, que han registrado un auge notable de unos años a esta parte.

Este se debe a la mejora de las relaciones políticas entre Washington y Moscú y a las dificultades económicas registradas en la Unión Soviética, principalmente en materia agrícola.

Para evitar la penuria, la URSS se ha visto obligada a comprar veinticinco millones de toneladas de cereales en 1972 (el mayor contrato de toda la Historia). Las dos terceras partes de estas compras fueron efectuadas en los Estados Unidos. Aunque sean todavía inciertos los pronósticos relativos a las próximas cosechas, se calcula que en 1973 la URSS deberá importar entre diez y quince millones de toneladas.

Por lo que se refiere al sector industrial, la URSS dispone de abundantes recursos de materias

primas y mano de obra barata. Pero no posee ni la tecnología, ni los cuadros, ni los medios financieros, ni los bienes de equipo modernos necesarios para explotar esos recursos.

Hasta 1968, debido a la guerra fría, los Estados Unidos ocupaban el último puesto entre los países occidentales que mantenían relaciones comerciales con la URSS. Entre 1968 y 1971 se duplicó el volumen de los intercambios comerciales soviético-americanos. Esta tendencia debía culminar en la visita de Nixon a Moscú el pasado año. Por entonces, los Estados Unidos superaban ya a sus principales competidores europeos (Gran Bretaña, Francia e Italia), e incluso al Japón, en el mercado soviético, del que se convirtieron en segundos proveedores (inmediatamente después de Alemania), con exportaciones por valor de 550 millones de dólares. Es probable que Norteamérica pase a ocupar el primer puesto este año y que trate con posterioridad de conservarlo. En efecto, varias firmas americanas han firmado recientemente contratos en Moscú. El más importante es el suscrito por el doctor Armand Hammer, presidente del grupo petrolífero Occidental, que desde hace cincuenta años viene representando el papel de pionero comercial americano en el mercado soviético (ya en 1921 vendía material médico made in USA a la Rusia de Lenin).

El contrato firmado el pasado abril por Armand Hammer y el ministro adjunto soviético de Comercio Exterior, Nicolás Komarov, prevé la construcción por la Occidental Petroleum, asociada a la Bechtel Corporation de San Francisco, de un enorme complejo químico para la producción de abonos en Kuybichev, localidad situada junto al Volga. Este complejo estará unido al mar mediante un pipe-line, que servirá para el transporte del amoníaco líquido destinado a la exportación. La URSS pagará en especie a la Occidental Petroleum. El importe del contrato en cuestión, el más importante jamás firmado por un grupo americano y la Unión Soviética, será de 8.000 millones de dólares, y el plazo concedido es de 20 años.

El doctor Hammer desea, por otro lado, participar con otros consorcios americanos en la explotación de los inmensos yacimientos de gas y petróleo de Siberia. Tiene igualmente la intención de construir en Moscú un hotel y un edificio de oficinas, destinado a facilitar el trabajo de los hombres de negocios nor-